

Ta-Nehisi Coates

El baile del agua





Seix Barral Biblioteca Formentor

Ta-Nehisi Coates

El baile del agua

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *The Water Dancer*

© 2019 by BCP Literary, Inc.

This translation is published by arrangement with One World, an imprint of Random House, a division of Penguin Random House LLC

© por la traducción, Javier Calvo, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-322-3963-2

Depósito legal: B. 650-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

Y si la pude ver en aquel puente de piedra, bailando envuelta en una luz azul espectral, fue solo porque ese era el puente por donde se la debieron de llevar cuando yo era niño, cuando la tierra de Virginia todavía era roja como el ladrillo y estaba roja de vida, y aunque había otros puentes sobre el río Goose, se la debieron de llevar cautiva por allí, porque era el que daba a la carretera que serpenteaba entre las colinas verdes y valle abajo antes de girar en una única dirección: el sur.

Yo siempre había evitado aquel puente porque estaba contaminado por el recuerdo de las madres, tíos y primos que habían acabado en Natchez. Pero consciente ahora del magnífico poder de la memoria, del hecho de que puede abrir una puerta azul entre un mundo y otro, de que puede llevarnos de las montañas a los prados, de los verdes bosques a los campos cubiertos de nieve; sabiendo que la memoria puede plegar la tierra como si fuera una tela, y sabiendo también que yo había relegado su recuerdo al «allá abajo» de mi mente y luego me había olvidado, pero no me había olvidado, ahora sé que esta historia, esta Conducción, tenía que empezar allí, en aquel puente

fantástico que iba de la tierra de los vivos a la tierra de los desaparecidos.

Y ella estaba palmeando una yuba en el puente mientras sostenía una jarra de arcilla sobre la cabeza y una densa niebla que se elevaba del río le mordisqueaba los talones desnudos, que golpeaban los adoquines, sacudiéndole el collar de conchas. La jarra no se movía; casi parecía una parte de ella, de tal manera que no importaba que levantara las rodillas, no importaba que se inclinara y se agachara, no importaba que extendiera los brazos, la jarra permanecía pegada a su cabeza como si fuera una corona. Y al presenciar aquella hazaña increíble supe que la mujer que palmeaba la yuba, envuelta en un azul espectral, era mi madre.

Nadie más la vio: ni Maynard, que iba en la parte de atrás del carruaje Millennium nuevo; tampoco la señorita de compañía, que lo mantenía embelesado con sus encantos, ni tampoco —y eso fue lo más extraño de todo— el caballo, pese a que me habían contado que los caballos tienen olfato para las cosas que se escabullen de otros mundos y se cuelan en el nuestro. No, yo fui el único que la vio, desde el pescante del cochero, y era tal como me la habían descrito, exactamente como me habían contado que era en los viejos tiempos, cuando se metía de un salto en un corro formado por toda mi gente —la tía Emma, el Pequeño P., Honas y el tío John— y ellos la aplaudían, se golpeaban el pecho y se palmeaban las rodillas, espoleándola para que redoblara el ritmo, y ella taconeaba con fuerza en el suelo de tierra, como si estuviera aplastando un bicho con los pies, y doblaba las caderas y los codos, y luego torcía y giraba las rodillas flexionadas al unísono con las manos, con la jarra de arcilla todavía encima de la cabeza. Mi madre era la mejor bailarina de Lockless, según me

habían contado, y me acordaba porque no me había legado su don, pero más aún porque era la danza lo que había llamado la atención de mi padre, y por tanto lo que me había llevado a existir. Y, por encima de todo, me acordaba porque yo siempre lo recordaba todo; todo, al parecer, menos a ella.

Ya era otoño, la estación en que llegaban al sur las carreras. Aquella tarde, Maynard había tenido suerte apostando a un purasangre con pocos números de ganar y había creído que aquello podría granjearle por fin la estima de la Alta Cuna de Virginia, esa que tanto anhelaba. Pero cuando dio una vuelta por la enorme plaza del pueblo, repanchingado en el carruaje y con una sonrisa enorme en la cara, los hombres de la alta sociedad le dieron la espalda y siguieron dando caladas a sus puros. No hubo aplausos. Era lo que siempre iba a ser: Maynard el Patoso, Maynard el Torpe, Maynard el Tonto, la oveja negra que había defraudado todas las expectativas de su familia. De manera que se puso furioso y me hizo llevarlo al caserón de las afueras de nuestro pueblo, Starfall, donde se compró una noche con una señorita, y tuvo la brillante idea de llevársela con él a la mansión de Lockless, y, lo que fue más fatídico, en un arranque repentino de vergüenza insistió en salir del pueblo por la parte de atrás, por Dumb Silk Road, que conectaba con la vieja carretera, y eso nos llevó de vuelta a orillas del río Goose.

Conduje el carruaje bajo una lluvia fría e incesante, con el agua cayéndome del ala del sombrero y formando un charco sobre mis pantalones. Oía a Maynard en la parte de atrás, haciendo sus niñerías, soltándole sus bravuconadas carnales a la señorita de compañía. Azucé al caballo tanto como pude, porque solo quería llegar a casa y verme libre de la voz de Maynard, pese a que mientras

viviera nunca podría liberarme de él. Maynard, que empuñaba mi cadena. Maynard, mi hermano y también mi amo. E hice lo que pude para no oírlo, intentando pensar en algo que me distrajera: recuerdos de descascarar el maíz o de partidas infantiles a la gallinita ciega. Pero nunca llegaron esas distracciones, únicamente un silencio repentino que no solo borró la voz de Maynard, sino también todos los ruidos de fondo del mundo circundante. Y entonces, cuando me asomé a la casilla de mi mente, lo que me encontré fueron recuerdos de la gente desaparecida: hombres conteniendo sus emociones en el aniversario de la emancipación, mujeres recorriendo por última vez los huertos de manzanos, solteronas encomendando sus huertos a otras personas, vejestorios maldiciendo la gran casa de Lockless. Legiones de desaparecidos a quienes se habían llevado por aquel puente siniestro, legiones enteras encarnadas en el baile de mi madre.

Tiré de las riendas, pero fue demasiado tarde. Cruzamos el puente al galope, y lo que pasó a continuación trastornó para siempre mi noción del orden cósmico. Pero yo estaba allí y lo vi, y desde entonces he visto muchas cosas más que revelan los límites de nuestro conocimiento y de todo lo que existe más allá.

Desapareció la carretera de debajo de las ruedas y se esfumó el puente entero, y por un momento tuve la sensación de estar flotando sobre la luz azul, o quizá dentro de ella. Y se estaba caliente allí dentro. Recuerdo aquella breve calidez porque, en el momento mismo en que salí de ella, me vi en el agua, bajo el agua, y mientras os estoy contando esto, me vuelvo a sentir allí, en las garras heladas del río Goose, con el agua entrándome en el cuerpo, y experimentando esa particular agonía ardiente que solo viven quienes se están ahogando.

No hay otra sensación parecida al ahogamiento, porque lo que experimentas no es solo agonía, sino también perplejidad ante una circunstancia tan ajena. La mente cree que debería haber aire, porque siempre hay aire disponible, y el impulso de respirar es algo tan instintivo que hace falta cierta concentración para postergar la orden. Si me hubiera tirado deliberadamente desde el puente, mi nueva coyuntura tendría una explicación. Si me hubiera caído por un costado, lo habría entendido, aunque solo fuera porque se trataba de una situación concebible. Pero era como si alguien me hubiera empujado por una ventana hasta las profundidades mismas del río. No hubo aviso previo. Yo no paraba de intentar respirar. Recuerdo que pedía aire a gritos y recuerdo todavía más la agonía de la respuesta, la agonía de que me entrara el agua a chorros por la boca, y recuerdo que respondí a esa agonía pataleando, lo cual únicamente propició que entrara más agua.

Pero de alguna forma recobré la serenidad, de algún modo llegué a entender que todos aquellos pataleos únicamente acelerarían mi fallecimiento. Y una vez conseguido esto, reparé en que había luz en una dirección y deduje que la oscuridad era lo más hondo y la luz, lo opuesto. Me impulsé con las piernas y extendí los brazos hacia la luz, apartando el agua hasta que por fin, entre toses y arcadas, salí a la superficie.

Y cuando por fin emergí, cuando broté del agua oscura al diorama del mundo —nubes de tormenta suspendidas con hilos invisibles, un sol rojo clavado en su parte baja y, por debajo del sol, colinas espolvoreadas de hierba—, me giré para mirar el puente de piedra y vi que debía de estar, Dios mío, a media milla.

Parecía que el puente se alejaba de mí a toda velocidad, porque me estaba arrastrando la corriente, y cuando

orienté el cuerpo para nadar en dirección a la orilla, fue aquella misma corriente, o quizá algún remolino invisible que había debajo, lo que me siguió llevando río abajo. No había ni rastro de la mujer cuyo tiempo Maynard había comprado de forma tan irreflexiva. Cualquier consideración que yo pudiera tener por su bienestar, sin embargo, se vio interrumpida por la irrupción del propio Maynard llamando la atención sobre sí, tal como había hecho tantas veces, con gran alboroto, decidido a marcharse de este mundo exactamente de la misma forma en que había pasado por él. Estaba cerca de mí, arrastrado por la misma corriente. Lo vi dar manotazos en el agua, gritar, menear las piernas y desaparecer bajo la superficie, solo para reaparecer al cabo de unos segundos, gritando, agitando un poco las piernas, dando manotazos.

—¡Ayúdame, Hi!

Y allí estaba yo, con mi propia vida suspendida sobre un oscuro precipicio y siendo llamado para salvar otra. Había intentado en muchas ocasiones enseñar a nadar a Maynard, y él se había tomado mis lecciones igual que se tomaba todas las enseñanzas, con descuido y oponiéndose a cualquier esfuerzo, y luego herido en su amor propio e indignado cuando aquella negligencia no rendía frutos. Ahora puedo decir que el esclavismo lo asesinó, que el esclavismo lo convirtió en niño, y que en aquel río, arrojado a un mundo donde el esclavismo no tenía poder alguno, Maynard murió nada más tocar el agua. Yo siempre había sido su protector. Había sido yo, por una mera cuestión de buena disposición, y a base de degradarme, quien había impedido que Charles Lee le pegara un tiro. Y había sido yo, a base de apelar a nuestro padre, quien lo había salvado incontables veces de su cólera; y era yo quien lo acostaba por las noches. Pero ahora yo estaba

fatigado, de cuerpo y de mente, y me vi allí lidiando con la fuerza de la corriente, con los eventos fantásticos que me habían depositado en ese río, y lidiando también con la exigencia de ser yo de nuevo quien salvara a otro cuando no podía ni siquiera invocar la energía necesaria para salvarme a mí mismo.

—¡Ayúdame! —volvió a gritar, y luego chilló—: ¡Por favor! —Lo dijo como el niño que siempre había sido, en tono de súplica. Y me fijé, por poco caritativo que esto fuera y afrontando mi propia muerte en el río Goose, en que no recordaba haberlo oído nunca hablar de una forma que reflejara la naturaleza verdadera de nuestras posiciones.

—¡Por favor!

—¡No puedo! —grité por encima del agua—. ¡Estamos al borde de la muerte!

Con aquella admisión de muerte inminente, los recuerdos de mi vida me invadieron espontáneamente, y la misma luz azul que yo había visto en el puente regresó y me volvió a envolver. Me acordé de Lockless y de todos mis seres queridos, y allí, en mitad del puente rodeado de niebla, vi a Thena, en pleno día de hacer la colada, una anciana levantando los enormes baldes de agua humeante y paleando al límite del agotamiento las prendas empapadas hasta dejarlas escurridas y quedarse con las manos en carne viva. Y vi a Sophia con sus guantes y su bonete, como si fuera la mujer de un amo, porque era lo que su servidumbre requería de ella, y contemplé, como tantas otras veces, cómo se subía el vuelo de la falda hasta los tobillos y bajaba por un camino trasero para ir a ver al hombre que empuñaba su cadena. Sentí que mis extremidades se rendían y que ya no me incordiaban el misterio y la confusión de los acontecimientos que me habían depositado en aque-

llas profundidades, y esta vez, cuando me sumergí, no hubo quemazón, ya no luché para respirar. Me sentí ingrátido hasta el punto de que, aun mientras me hundía en el río, me pareció estar elevándome hacia otro lugar. El agua se alejó de mí y me encontré a solas en un remanso cálido y azul, con el río fuera de mí y a mi alrededor. Y supe que estaba encaminándome por fin hacia mi recompensa.

Mi mente se remontó a un pasado todavía más lejano, hasta aquellos a quienes se habían llevado de aquella Virginia, rumbo a Natchez, y me pregunté si habría muchos que hubieran seguido su camino todavía más allá, lo bastante más allá como para recibirme en el otro mundo al que ahora me aproximaba. Y vi a mi tía Emma, que tantos años había trabajado en las cocinas, pasar a mi lado con una bandeja de galletas de jengibre para todos los Walker congregados, aunque no había ninguna para mí ni para el resto de su familia. Pensé que quizá estaría allí mi madre, y entonces, a la velocidad del pensamiento, la vi agitarse ante mis ojos y hacer el baile del agua en medio del corro. Y cuando me acordé de todo esto, de todas estas historias, me sentí en paz —y hasta contento— de elevarme hacia la oscuridad, de caer hacia la luz. Había paz en aquella luz azul, más paz de la que concedía el sueño, e incluso había libertad, y supe que mis mayores no me habían mentido, que realmente teníamos un hogar para nosotros, una vida más allá de la Servidumbre, donde cada momento era como el amanecer en las montañas. Y tan grande era aquella libertad que de pronto fui consciente de una carga agobiante que siempre me había parecido inmutable, una carga que además ahora se proponía seguirme hasta la eternidad. Me giré y en mi estela vi aquella carga, que era mi hermano, aullando, dando manotazos, chillando y suplicando por sobrevivir.

Llevaba toda mi vida sometido a sus caprichos. Yo era su brazo derecho y por tanto carecía de brazo propio. Pero todo eso ya se había terminado. Porque me estaba elevando, emergía de aquel mundo de la Alta Cuna y la Servidumbre. Mi última visión de Maynard me lo mostrando manotazos en el agua e intentando agarrarse a aquello a lo que ya no podía aferrarse, hasta que empezó a apagarse delante de mí, como la luz que reverbera en una ola, y sus gritos se extinguieron bajo aquella nada estruendosa que me rodeaba por todas partes. Y por fin desapareció. Me gustaría decir que lloré su muerte en aquellos momentos, o que me afectó de alguna manera. Pero no fue así. Yo me encaminaba a mi fin y él al suyo.

Al cabo las apariciones remitieron frente a mí y me concentré en mi madre, que ya no estaba bailando, sino que se encontraba arrodillada delante de un niño. Y vi que le acariciaba la mejilla a aquel niño, y que lo besaba en la cabeza, y le ponía el collar de conchas en la mano, y le cerraba la mano en torno al collar, y entonces se puso de pie, cubriéndose la boca con las manos, y se dio la vuelta y se alejó caminando, y el niño se la quedó mirando, y luego la llamó a gritos, y luego echó a andar detrás de ella, y luego empezó a correr detrás de ella, y luego se cayó mientras corría y se quedó llorando con la cara apoyada en los brazos, y luego se volvió a levantar y se giró, esta vez hacia mí, y se me acercó y me ofreció el collar, y recibí entonces, por fin, mi recompensa.